

## PUEBLO CON FIGURAS

Cuando nos encontremos lejos de este pequeño pueblo en el que hemos nacido y vivimos, cuando por fin sintamos nacer dentro de nosotros el amor y la nostalgia por las cosas que hoy nos rodean y nos hastían mortalmente —estas pobres casas apiñadas, estas personas con las que nos cruzamos a diario—, nuestro recuerdo logrará componer tal vez una de esas infantiles y tiernas construcciones en las que unos cubos de madera y unas figuritas de barro crean una afectuosa armonía; una pobre y hechizada armonía. Como uno de esos pesebres en torno a los que en Navidad se afanan grandes y pequeños y que, desde el rey al aguador, recogen todas las actividades y significaciones humanas. Ese será en verdad nuestro pueblo: porque la lejanía imprimirá dulces cadencias al hastío y la angustia hodiernas, y semejará al amor lo que hoy es impaciencia y reacción. Entretanto, puesto que en modo alguno lo amamos todavía, una pausa en nuestra impaciencia nos permite imaginar cómo será en ese recuerdo lejano, cómo nacerá ese conjunto nítido y minúsculo cual pesebre.

Veamos: don Giuseppe Savatteri es un imbécil detestable. Su voz parece arrastrarse tras un eco múltiple de tan violenta y maleducada. Sus palabras, como una aglomeración de cachivaches, atiborran el espacio en que se encuentra, se apelonan como cosas inútiles en un viejo solar. Pero no puede faltar; es

casi un símbolo. Su abuelo, cuando por primera vez un tren estaba a punto de llegar a esta estación, esperaba, torvo e incrédulo, el milagro de ver cómo aquellos enormes carros se movían «con el humo de una cazuela hirviendo»: y los jóvenes del pueblo se paraban a su lado y lo azuzaban, fingiéndose, como él, incrédulos e indignados. Y cuando el tren entró chirriando en la estación y se detuvo, la orquesta atacó una marcha, los presentes rodearon la locomotora y don Eugenio Savatteri se retorció la barba nerviosamente y gritó con todas sus fuerzas: «¡A mí no me la pegan! ¡Seguro que dentro hay caballos!». En realidad, su expresión fue mucho más enérgica: y don Eugenio se pasó el resto de su vida glosándola, ampliándola a base de demostraciones e imprecaciones. Murió convencido de que dentro de ese resollante arnés había unos caballos diabólicamente escondidos, admitiendo tan solo, al fin, que diabólica debía ser también la naturaleza de dichos caballos. El notario, escribiendo bajo su dictado resquebrajado por la agnía, tuvo que saltarse una de sus últimas voluntades: aquella por la que desheredaba a los hijos que «faltasen a su memoria» viajando en ferrocarril. Así fue como sus hijos pudieron subirse felizmente a un tren: sin, por lo demás, alejarse más de treinta kilómetros del pueblo. Con todo, la frase «Seguro que dentro hay caballos» se convirtió en lema, en divisa heráldica, en experiencia destilada. En realidad, no hay hecho, idea, confesión o juego en el que don Giuseppe Savatteri no vea a esos fraudulentos y diabólicos caballos. De su abuelo no obtuvo únicamente tierras, casas y los marengos de los que hablan en el pueblo, sino también esta sublime desconfianza que a cada momento se dispara en su interior con automática precisión. Giuseppe Savatteri solo ha creído en una cosa: en el fascismo. Y a pesar de todo, todavía le cuesta creer que «dentro hay caballos».

El señor Savatteri fue, de hecho, la única persona del pueblo que confundió con una patrulla alemana a los primeros americanos que, en julio del 43, entraron en el pueblo: y en cuanto vio las armas de los soldados apuntando al sargento de carabineros, que estaba tomando el fresco frente al café semicerrado, empezó a aplaudir frenéticamente creyendo que los alemanes se habían decidido «a agarrar la situación por los cuernos», como desde hacía meses él pronosticaba. Pero dentro estaban los caballos: esa misma noche, don Giuseppe Savatteri sostuvo que el sabor de los cigarrillos Camel era insuperable; ante don Ignazio Grillo, a quien, tras años de imprudentes y ásperos vituperios contra el fascismo, la presencia de aquellos soldados extranjeros y borrachos de sol había trastornado hasta el punto de sostener con lágrimas en los ojos la superioridad de nuestros Macedonia.

Y este hecho, en el minúsculo y ecléctico pueblo de nuestro recuerdo, nos llevará a colocar al lado de don Giuseppe a un hombrecillo todo nervios, poco atildado en el lenguaje, tan amigo de la verdad como del vino: nuestro querido don Ignazio Grillo. Y entre el vino y la música de Rossini, que él gusta de acompañar con gestos excitados y alegres; con su cuerpo ligero, ágil, agarrotado; el bastón en equilibrio en la diestra, vibrante como una vara de zahorí frente a cualquier malignidad subterránea... Puede que mañana, cuando así lo recordemos, creamos verlo elevado por los aires, sonriente y canoso, con un par de alas de esas que el humorista Mosca les pone a sus extraños ángeles. Recordaremos asimismo las palabras con que remata cada uno de sus juicios, toda argumentación propia y ajena: «Es perder el tiempo». Palabras que durante tantos años salpicaron, aflorando a sus labios de forma casi indescifrable, las martilleantes frases de un hombre cuyo ceñudo y volitivo retrato, desde todas las

paredes vigilante, parecía querer imponerle los más minuciosos e inconcebibles tormentos. Ahora estas palabras —«es perder el tiempo»— se pronuncian con más empaque, con más satisfacción: y por lo común, dirigidas a los esfuerzos «subversivos» de cierto partido político.

Mas llegará un momento en que las alitas no podrán sostener ya, en el recuerdo, a don Ignazio Grillo planeando grácilmente por el aire. Lo veremos desplomarse al suelo con una pirueta, un medio giro; y en su rostro habrá estampada cierta contricción. Será cuando, hablando de mujeres, el señor Munisteri, su antiguo compañero de colegio y juegos, despertándose un momento del sueño que tres cuartas partes del día lo mantiene felizmente hundido en un sillón del ateneo, le gritará con una voz que la ausencia de dientes amortigua: «Amigo, recuerda que el año que viene no volveremos a cumplir setenta y siete».

Don Ignazio se arrugará un instante: pero el barón Trupia, entrando con su paso anquilosado y esa gran nariz que le confiere un perfil aerodinámico, moverá las manos, ligeras como mariposas, dibujando en el aire un gran cuerpo de mujer: una de esas gigantas a lo Baudelaire, a cuya sombra don Ignazio gana altitud como un pequeño globo aerostático. De modo, pues, que ahora todos nuestros personajes (porque son los hombres a los que vemos a diario, pero a la vez son personajes en busca de autor) se ponen a hablar de mujeres, y el señor Munisteri reanuda el sueño en su sillón. Las mujeres, las mujeres. Todos ellos son maridos atentos y fidelísimos, y no conocen más mujer que la suya propia, pero ¡qué fantasía, qué glotonería digna de un Baldini, con qué gusto se enardecen ante ciertos detalles anatómicos sobre los que bromean en tono picante! El barón Trupia se encomienda a la elocuencia de las manos: puede que las veamos

despegarse, girar en el aire, desvanecerse en busca de aquella mujer a la que viera cuarenta años atrás en Pinerolo, en tal calle de Milán, en tal plaza de Roma. Ahí lo tenemos: nuestro barón Trupia ya se ha convertido en personaje; bien podría entrar en las sabrosísimas páginas de cierto escritor conterráneo al que tanto queremos. Y acaso salir de ellas dando un portazo, pues a su lado palidecen los Percolla y Muscarà del *Don Juan en Sicilia*.

Por nuestra parte, dejaremos a este grupo con sus felices invenciones. Miraremos al mendigo al que todos los días nos encontramos delante de la puerta. Una presencia terrible; con esa barba rala, negrísima sobre el mentón huidizo; los ojos grandes y acuosos, sin mirada; la frente aplastada; el tórax hinchado y blanco, siempre desnudo bajo la chaqueta mugrienta. Colocaremos su figura en la casa del rico del pueblo. El cual, en un pueblo tan pobre, resulta una presencia más inquietante aún que la del mendigo, al que colocaremos junto a su puerta. Un hombre que ha sabido abrirse camino, dicen estos pobres señores, estos «gentilhombres» cuya fortuna se cifra por entero en un par de hectáreas de terreno que poco a poco se diluyen, como el azúcar en el agua, por culpa de las exigencias de los hijos, que estudian fuera o se arrastran en busca de una dote. Pero hay un hombre, un loco tranquilo, monologante, lógico; un hombre con las pupilas desorbitadas e inmóviles; una figura llena de gélida ira que parece salida de un cuadro de Hieronymus Bosch; un hombre que llama a las cosas por su nombre y al que los chiquillos, y a menudo yo también, escuchan formando corro. Y así, ese hombre «que ha sabido abrirse camino» se convierte en un simple ladrón. Y todas las casas tienen su agujero en el techo, desde el que estas tremendas pupilas vítreas e inmóviles observan. Alguien trata de sonreír. Pero es difícil, verdaderamente difícil

sonreír. Y el loco dice: tú sonríe, pero como la babosa en las brasas. Y se queda señalando con el índice, la testa alzada, sin mirar a quienes lo rodean.

Y así, inmóvil, seguirá para nosotros en el centro de la pequeña plaza.

1949